



El SELLO
ROJO

GRACIELA N. SAIZAR

La felicidad llega
expandiendo certezas

Graciela N. Saizar

El sello rojo

*La felicidad llega
expandiendo certezas*

Todos los derechos reservados 2018

ÍNDICE

[Índice](#)

[Agradecimientos](#)

[PRÓLOGO](#)

[Amigas, casi hermanas](#)

[Seria vano negar que la vida sigue...](#)

[Laura](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Pilar sin Laura...](#)

[La duda](#)

[Martina](#)

[La vida](#)

[La duda](#)

[Certezas](#)

[La llamada](#)

[EPILOGO](#)

AGRADECIMIENTOS

A Mario, mi esposo que siempre me acompaña en todo lo que emprendo aunque el tiempo sea escaso.

A mis dos estrellas propias, Paola y Franco, y a las otras cuatro que forman el hexagrama perfecto que define la felicidad. En ellos... a las familias que formaron.

Por riguroso orden alfabético y con un amor sin adjetivos posibles, a Ainita, Cata, León, Neus, Nicola y Oli, símbolos del pasado, del presente y del futuro...

A mis padres que habitan mi corazón.

A mis hermanos y también en ellos a las familias que formaron.

Y por último a los doctores Mariano Meglioli y Adolfo Peñeñory, ambos de Mar del Plata, por el asesoramiento de índole forense que me brindaron, plasmado en ideas que mi imaginación termino de modelar, en la aventura de escribir esta historia.

PRÓLOGO

A lo largo de sus sesenta y nueve años Pilar ya había llorado de todas las emociones posibles. Lloró de quebrantos, cuando sintió que hubo tiempos donde todo conspiraba a la derrota, de paz como baluarte, cuando Pedro entendió el porqué de sus batallas, de sueños encontrados, cuando pereció el anhelo de intentarlo, de mediocridad por aquellos que la amaron y seguían sin saberlo, de refugios sin barreras cuando Pedro le extendió los brazos, de dejar ir tantas cosas cuando la vestidura rechazó su amor, de carencias sin sentido, tan helénicas como el nombre de su reina, de orgullo gigantesco cuando Juani la eligió, de escalones sin barandas cuando buscó la verdad en medio de sus dudas, de luchas pertinaces para vengar a Laura, de traiciones a sus más sostenidos intentos por resarcirla, de ignorancias cuando no le creyeron, de pretextos cobardes cuando le dieron las espaldas, de alivio... cuando pudo colgar la bandera del adiós, de sostén... cuando alcanzo a llevarle la última flor, de impotencias que le dejaron un andar lento, bastionado, que permitía distinguirla a la distancia. Demasiado ausente como para intentar algo más de todo lo ajado. Ni siquiera sabía cómo interpretar aquello, desposeída de sombras, de derechos, de dádivas sin orgullo, de reclamos, de empujar el verbo dar. De hastío cuando el sello rojo fue el señor de la impotencia. Siempre de prisa, siempre con cargas. Recordaba cada detalle de ese camino como si terminara de transitarlo, y eso que hacía tiempo de la última vez que paseó por él, abrazada a quien finalmente pudo denominar como suyo.

Su Pedro.

La calle era angosta, abandonada y arrasada quien sabe por qué motivos. Nunca trató de averiguarlo, quizás traiciones, quizás planes inconclusos. No hicieron ningún diseño al trazarla, con el único encanto de los árboles que ayuda-

ban cuando el sol del mediodía no podía actuar de ninguna otra manera, que no fuera según su naturaleza. Era hora de siesta, de quietudes, de limones exprimidos, de nobleza para frenar el arrebató, de manos limpias, de arrugar el entrecejo como intentando descifrar algo, buscando un roce amigable al agobio, de paz interior por la lealtad en marcha, de crueldad por los adioses, de penas por no saber quién ser y de afanes repudiados.

El camino de la reivindicación, de los recuerdos, de ideales de grandezas. Todo esto resumía la vida de esa mujer homérica, sensible, de grandes amores y pocos desiertos, que luchó su vida entera para defender aquello en lo que creyó, por reivindicar el discernimiento de Aristegui, por seguir ilusionando, a pesar de todo, a su Juani, por hacerle creer que en la vida hay otra cosa.

Pilar, esa mujer que viajó a Maracaibo solo para honrarla, que junto a sus madres en un himno que supo cantar en sus ganas de quererlas, que alimentó sus ansias con el relato de Clara contado mil veces por Maleria, que hablaba de su padre, del suyo y la historia de Luis que hablaba de su madre, la suya, de cómo la vida los empalmó formando un frente de batalla al enemigo que no era más que las propias dudas de cada uno, después de los azotes. Todo eso y mucho más fue Pilar, esta mujer que hoy cuenta su historia, que perdió lo imperdible en talentos que no supo aprovechar, que un día pudo sentir en el abrazo, la palabra mamá como si hubiera dado luz en secreto, que explotó de amor cuando el niño huérfano de toda orfandad, le acarició el alma y desató el trueno de Apolo, en su corazón arrodillado ante ese abrazo, cuando el ¡gracias! resonó como la vos de Brightman entonando su pasión, que la trasportaba a los cantos romanos y la época del Edén, embelleciendo el paisaje de su soledad. La calle del amor no era más que aquella que hoy mutaba en un circuito enajenado en sus delirios por reconstruirse en cada espacio, en cada cita, en cada grafiti, en el valor que no supo perder, por ser su esencia.



Cada mañana caminaba cuarenta cuadras. Nunca una más...nunca una menos. Siempre por la vereda de sol hasta llegar al mar donde, indefectiblemente, se tomaba catorce minutos para inspirar profundamente, reafirmar que no hay imposibles, recordarlo y seguir su rumbo. Solo algún temporal podía frenarla en ese ritual que repetía desde hacía muchos años por las mismas calles, siguiendo un circuito que había diseñado con precisión artesanal. Vivía en un edificio ubicado en la esquina cuatro, de la manzana dos, frente a la biblioteca. Su "toc" estaba tan acentuado, que nunca hubiera podido vivir en otro lugar de la cuadra, ni en un terreno o piso impar. Necesitaba precisiones, exactitudes. Le había llevado mucho tiempo encontrar la paridad matemática en todo su entorno. No podía detenerse ni tampoco quería hacerlo. Era su pasatiempo favorito desde que descubrió que muchas cosas importantes de este mundo, eran múltiplo de dos. Llevaba realizados quinientos veinticuatro registros que preservaba encuadernados en cuero bicolor, con algunos de esos descubrimientos –contaba con alrededor de seis mil doscientos– que fundamentaban su postura. La corona que los soldados romanos le colocaron a Jesús cuando quedó a merced de cuatrocientos de ellos, elaborada con setecientas espinas y una doble intención; humillarlo y causarle dolor. Dos para abandonar la corte, para traicionar, para concebir. Ocho las cartas que condenaron a morir decapitada a María Estuardo, cuya ejecución fue detallada por las dos servidoras de la reina. Treinta y dos los himnos homéricos. Dos las manos que la acariciaron durante sus años de enamorada. Las estatuas grecas que se construían con marfil y oro, esenciales para dos propósitos, conservación y prestigio. Las bocas que se besan, los ojos que se miran, los corazones que alteran sus ritmos para dar vida, las sombras fantasmales de sus sueños juveniles, las madres que la adoptaron, el cortejo de la igle-

sia, las espadas del pasado, la cosecha que espera al labrador, la semilla y la tierra. Siempre dos o siempre par. La armada española y sus diez mil hombres en los tiempos de la edad de oro, ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros la altura del Everest, Whitehead, metafísico y matemático, conciencia y vida...y qué decir del número de planetas del sistema solar, las cuatro caras curvas de la Torre Eiffel, los mandamientos de Moisés. Dos meses para pintar el Guernica, ciento noventa y cuatro países en el mundo, Borges nacido a los ocho meses de gestación, novecientos mil volúmenes en la Biblioteca Nacional cuando fue director, ya ciego, que le inspiraron los diez cuartetos del Poema de los dones, impotente ante el universo que se presentaba a sus pies. Veintiocho mil metros cuadrados el Cementerio de los Reyes donde descansan sus restos, dos guerras mundiales, dos hemisferios, el Código Justiniano dividido en cuatro partes, diez años para escribir La Eneida. Doce los principales dioses del Panteón Romano. Ser y tiempo, en la comprensión heideggeriana, la doble hélice del ADN, los textiles Abasca y Cumbi, los treinta y cuatro sonetos del perdón, las puertas del templo abriéndose de par en par, las seis cuerdas de la guitarra, kiste y kalathos ...

¡Basta Dios mío, no puedo parar! gritaba cuando el acervo de conocimientos le demostraba que el universo conspiraba para darle la razón.

No podía más. Contra su voluntad debía reconocer que su trastorno obsesivo compulsivo se había tornado inmanejable, según reflexionó llorando frente al médico que la trataba. No soy yo le decía. Hace veinte minutos que estamos hablando y ya detecté cuatro datos que se definen con números pares. Lo siento doctor, pero usted me los proporcionó al decir que mi enfermedad afecta al dos por ciento de la población, que los psicofármacos de segunda generación, se llaman inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina ¡una sigla de cuatro letras I.S.R.S.! que le permi-

ten una vida normal al ochenta por ciento de los pacientes con toc.

Se resistía a vivir condenada a esos constantes discernimientos.

Necesitaba descansar, alejarse de sus investigaciones que la cercaban y disfrutar de sus sesenta y nueve años que la tenían un tanto nerviosa. Se consolaba pensando que faltaba poco para tener setenta, edad que le daba ciertas garantías metafísicas.

Como siempre, desayunaba en la cama. Desde hacía poco, escuchando música. Se alejó de los noticieros que la cargaban de energía negativa. Primero el Himno Nacional, y luego algún canal de música sacra donde el Ave Verum Corpus de Mozart, al igual que los cantos gregorianos, la transportaban a lugares que sabía, sin temores, conocería en poco tiempo. Era una mujer valiente que debió renunciar a infinidad de oportunidades para lograr el control de su vida que fue rica en experiencias mutantes. Después del desayuno en el que invertía treinta y seis minutos, el aseo y el vestirse para, finalmente, iniciar la caminata que le causaba las mismas emociones cada día. Dos cuadras por la diagonal perfumada por los tilos, donde se cruzaba con el primero de los ocho grafitis de acción poética que había seleccionado y que misteriosamente resumían los aciertos de su vida. De los errores se había olvidado hacia años. Se lo ordenó a si misma cuando un destello en el cielo le hizo imaginar que era una señal de él y sentir un manojito de certezas. Quedó como flotando durante mucho tiempo como si un disparo le hubiera dado de lleno en el alma. Se sentía del otro lado, preparada para partir a su encuentro, cuando Dios lo dispusiera.

Este mundo, traidor con alguno de sus anhelos, ya nada tenía que ver con ella. Fueron muchos los cañones de las naves enemigas, escaso el perdón, insuficiente el cortejo, muda la reacción, y como siempre la tormenta la azotó se-

gún su naturaleza de rebelde, cuando corrió buscando la libertad.

"Fuimos un cuento breve que leeré mil veces" decía el primero, el que la llevaba al momento de su nacimiento y al peso que le causó tremenda pérdida. Estaba ubicado de tal forma que para poder verlo con exactitud, tenía que girar su cabeza cuarenta grados, lo cual le daba un significado adicional. Después, sabía que se cruzaría con el negocio de sahumeros de Berta, con quien conversaba catorce minutos de temas intrascendentes. Los lunes, segundo día de la semana, le compraba ocho, con un doble propósito, combatir las malas energías y perfumar su hogar. De ámbar, sándalo, lavanda y vainilla. Enfrente, el shar pei canela, movía la cola desesperado por saludarla. ¡Hola amigo! le gritaba mientras cruzaba la calle para acariciarlo estoicamente, sabiendo que las babas con que le devolvería el afecto, le dejarían la cara como barnizada. Sin margen para el error, le decía al oído...amo tus dieciocho arrugas bb, y de verdad amaba a ese símbolo de la dinastía Han.

El segundo grafiti, a la vuelta del mercado, le traía recuerdos del cuarto donde en su infancia, encontraba la paz de Angélica, su tía. *"Nunca te detengas"*...y la verdad es que nunca se detuvo, ni se paralizó, ni transitó caminos trazados por otros...

Cambiaba el ritmo de sus pasos cuando llegaba a la plaza, frente al Museo de Ciencias Naturales. Desde hacía cuatro años se sentaba a descansar unos minutos, nunca más de ocho o diez. Sus doscientos seis huesos así se lo pedían. No elegía cualquier ubicación. Tenía que ser en el banco verde, frente a los aros de básquet que le daba la visión adicional de disfrutar la competencia acérrima de los chicos del barrio. *"¿Habrá algo más lindo que verlos sonreír?"* decía el tercer grafiti, justo al lado de la calesita y del mini circo del payaso Fren. Nada, contestaba cada mañana, recordando la niñez de su hermano pequeño, sus sobrinos

y aquellos alumnos que la hicieron creer durante mucho tiempo, que algo mejor la esperaba a la vuelta de la vida.

Y a Juani...

Al llegar al mar, se dedicaba a respirar profundo durante cuatro minutos, con la idea clara de exhalar todo lo negativo que acumulaba en veinticuatro horas. Y después la ceremonia. Diez minutos para recordarlo mirando el horizonte, las gaviotas, el sincronismo del oleaje acompasado, uniéndose con la arena que lo esperaba entregada, la retirada, la vuelta, la coincidencia en el tiempo, la dificultad de manejar o de resolver algo que siempre sería así. Ella arena, Pedro mar. Pedro puerto, ella velero. Unidos y separados para siempre, de manera inevitable, absoluta, con el sino expletivo e intenso, de no admitir limitaciones. En ese punto, inexorable, comenzaba la vuelta.

Se negaba a usar bastón, lo cual le provocaba reñir consigo misma cuando algunas veredas rotas y la pierna operada, le provocaban inestabilidad. Pero por nada del mundo hubiera cambiado el itinerario. Prefería quebrarse la cadera a perderse el galope de su corazón memorioso cuando, allá lejos, en la pared blanca, rodeado de florcitas coloridas, escrito en color salmón con letra de estudiante enamorada, muy naif, estaba el cuarto, el que le recordaba al padre Entresa, *"Faltás y todo me sobra"* decía y la llevaba a los tiempos del coraje desmedido, inconsecuente. Tantas veces se preguntó qué sería de su vida si esa intrepidez que tanto la envalentonó, hubiera sido correspondida. Tantas como el desasosiego de no tener respuesta.

Se sentaba en el paredón de una casa abandonada desde donde podía contemplarlo sin esos pudores que a veces causan las lágrimas callejeras, cuando los demás miran sin atinar a una intervención. Ya había cumplido las primeras veinte cuadras y leído cuatro de los ocho grafitis que la definían. El quinto estaba escondido entre un cartel de publicidad y un pedido solidario de los vecinos para conservar la pulcritud del lugar. *"Hazme el amor, pero de tu vida"*. Vol-

vía, como respetando los vaivenes de la marea, a pensar en Pedro, cuando la vida le negó la posibilidad de completar el mito del mensajero islámico. Ya había plantado su árbol, siguiendo los principios del drala tibetano. Un arce japonés palmeado pequeño. Fue su aporte a la armonía del planeta. La energía chi kung, y los registros akáshicos, aseguraban que ese tipo de plantas atenuaba dolores y de eso, su alma sabía mucho. También cumplió con la humanidad escribiendo un libro que hablaba de su vida, sus amores, de Pilar sin Laura, y que ya tenía doscientas páginas. Solo le restaba definir dos cosas. El título y la dedicatoria.

El hijo no pudo ser, según mandatos de sus propios cuerpos incompletos.

Cuando recuperaba el aire, retomaba la caminata hacia el norte y a dos cuadras de la plaza, se cruzaba con el sexto, el que le recordaba a su padre, cuando después de un exilio involuntario lograron compenetrarse con la fuerza del perdón, *"A estas vidas le faltaba un nosotros"* decía. Era tan niña cuando sucedió, que solo se ocupó de recibir el afecto de ese hombre que parecía haber encontrado el consuelo a un dolor, que en esos tiempos no alcanzaba a comprender y que al crecer, la llevó a reclamar explicaciones que fueron dadas en forma minuciosa. Nada había que ocultar más allá de la tristeza. Ya más grande, leyó la carta y supo interpretar a esa reina de Troya, amada por todos, bella como el azahar.

Su mayor preocupación y angustia, al cruzar ese grafiti, era no poder evitar el recuerdo de los dos huevos que puso Leda... ¿sanaré algún día se preguntaba?

El séptimo estaba pintado en la pared lateral del laboratorio donde trabajaba Clara, cuando ella era adolescente, y que le simbolizaba, una vez más, los años de dudas, y devenires amorosos con Pedro y algunas de las decisiones que no tardaron en llegar. *"Cuidado con los miedos, les encanta robar los sueños"*. Seguía caminando indestructible, acorazada, con la certidumbre de algunos desaciertos, y la

desnudez estrecha de la vacilación. Y ya a dos cuadras de su casa, el octavo, el que la martirizaba, la dejaba pensando y no lograba despegarla del pasado “¿sabiendo que iba a doler...lo hubieras amado igual?” le preguntaba el grafiti, sin lograr respuestas de ese corazón por momentos enmudecido, en otros indeciso. Nunca logró más que un esbozo de respuesta casi nihilista, cuando el pensamiento terminaba por parecer vacío. Era su resguardo.

Otra vez el ascensor al piso cuatro, los pensamientos que no dejaban de girar y de pronto, uno de ellos le inspiró el título del libro, que finalmente fue “*El sello rojo*”, con un subtítulo que resumía sus pesares. “*La felicidad llega expandiendo certezas*”.

Estaba feliz con el acierto. Fue el mayor homenaje que pudo hacerle a su querida amiga Laura, y a los entreveros desordenados y desopilantes que solían tener, fijando posturas.

Pero por sobre todas las cosas, fue el testimonio de un acto de amor y justicia, antes del episodio, cuando la perdió en el tiempo...

Por vos brindó... en la soledad de su alma.

He aquí la historia.

AMIGAS, CASI HERMANAS

*Si aún la vida es verdad y el verso existe. Si alguien llama a tu puerta y estás triste,
Abre, que es el amor, amiga mía.
G. García Márquez*

Les decían las tres mosqueteras. Pilar, Maleria y Laura se conocían desde prácticamente toda la vida, cuando precisamente fue la vida, quien las reunió en el jardín de infantes, Caperuza del Alma. Eran totalmente diferentes una de otra, en imagen y en personalidad. Pilar intensa, Maleria de carácter simple y Laura un poco de todo, según el momento a afrontar.

Solo dos elementos de mucho peso, las hacia parecidas.

Las tres eran generosas y buena gente y también las tres habían iniciado la vida, perdiendo, de una forma u otra, a alguno de sus padres biológicos. Como en la historia de Walid, aquel príncipe musulmán distinguido por su piedad, reinaba en sus corazones un dolor involuntario. Aunque Laura siempre destacaba que ella se había llevado la peor parte, en esas vidas con carencias. Ustedes fueron afortunadas en medio de la desgracia. Aquellos que partieron las amaron. A mí "ese" ni siquiera tuvo ganas de conocerme, repetía en cada oportunidad que podía, como enarbolando un estandarte.

Una mañana, en la escuela, y a coro, Pilar y Maleria le dijeron a Laura que tenían una sorpresa para contarle durante el recreo.

Las tres amigas perdieron la clase de matemática, en medio de esa nube donde se instalaban a pensar, cuando algo era ajeno a su interés.

Laura intentando adivinar de qué se trataba y sus dos amigas, extasiadas con una inmensa emoción, que las desbordaba.

En varias oportunidades el profesor Omero, tuvo que pedirles que "aterrizaran", percibiendo que cada una retozaba en su mundo personal.

El tendrá sus razones trigonométricas, pensaban las tres, pero nosotras, algo grande entre las manos.

Laura aún sin saber de qué se trataba, las conocía lo suficiente como para darse cuenta que aquello que fuera, cambiaría el rumbo de algunas vidas. ¿Estaría ella incluida? se preguntaba cuándo "*Simpson*", así llamaban al profesor, le preguntó ¿de qué hablamos Laura cuando decimos técnicas de triangulación?

Lo único que Laura sabía con certeza en ese momento, era que el "*uno*" no tardaría en llegar. De todos modos, en lugar de aplicar la técnica de la humildad muchas veces discutida entre las tres debido a los efectos solidarios que causaba en el profesor, aplicó la de los exabruptos, una característica notable de su personalidad, sumando cinco amonestaciones...

No tengo ni la más mínima idea le dijo, y además, para serle sincera, mucho no me importa agregó.

Laura era así, le gustaban esos desafíos, aun sabiendo de antemano las consecuencias, que incluyeron la retirada del colegio por parte de su madre, que la tuvo un día desconectada del mundo, a modo de reflexión, y por consiguiente tuvo que esperar para saber cuál era la novedad de sus amigas.

De todos modos valió la pena.

Reírse a más no poder de la anécdota, como lo hicieron cuando volvieron a verse, fue sanador, de esa sensación que invadió a Laura cuando sintió que se quedaba afuera de no sabía qué. Quiero saber, las interrogó con la urgencia detenida, por culpa del profesor Omero.

Nuestros padres van a casarse, le dijeron al unísono y Laura no supo que pensar...